

ñola del Dr. Valbuena Prat, hoy el texto más usado en las Facultades de Letras de las Universidades españolas y extranjeras.

Con ésto queda dicho que la reducción hecha por los Sres. Valbuena y del Saz conserva y concentra todas las cualidades y extraordinarios méritos de la obra original: certero encuadramiento de obras y autores, información precisa, seguridad en los juicios y, sobre todo, belleza de estilo, amenidad e interés.

Elogio especial merece el hecho de que los autores del manual que comentamos no se hayan detenido frente a las fronteras de ese complicado mundo que se llama literatura contemporánea, eludido tantas veces o apenas tocado. Por el contrario, aquí encontramos—dentro de los apretados límites impuestos por la finalidad docente de la obra—unos capítulos llenos de interés y elaborados con pulso seguro sobre la más reciente producción literaria española.

M. B. G.

Aubrey F. G. Bell.—LITERATURA CASTELLANA.—Traducción de la edición inglesa, por M. Manent. Ed. Juventud, Barcelona, 1947.

He aquí un nuevo libro del famoso hispanista A. F. G. Bell—el gran conocedor de nuestro Renacimiento y, sobre todo, de Fray Luis de León—; un libro escrito con amor y profundo conocimiento de nuestra historia literaria, y animado de un propósito renovador.

Bell, en vez de adoptar el normal esquema cronológico en uso entre los historiadores de nuestra literatura, adopta un criterio no historicista y realiza en esta obra un ensayo de caracterización de la literatura castellana a través de sus rasgos esenciales. Para Bell existen una mentalidad, una manera de hacer, un estilo castellanos, y a revelárnoslo tiende su obra, en la cual la literatura castellana es presentada como una personalidad compacta—desarticulada cronológicamente—cuyos rasgos decisivos son estudiados capítulo a capítulo.

Empresa difícil ésta de intentar fijar los caracteres esenciales de nuestra literatura. Don Ramón Menéndez Pidal señaló, hace años, algunos de esos caracteres, y más recientemente, en su magistral estudio introductorio a la *Historia general de las literaturas hispánicas* comenzada a publicar bajo la dirección de Díaz-Plaja, ha planteado nuevamente la cuestión. Hay evidentes coincidencias entre la lista de caracteres señalados por Menéndez Pidal y los apuntados por Bell pero, en general, se advierte la diferencia que va de contemplar una misma literatura con ojos españoles o extranjeros. Además, tal vez Bell no se haya librado del todo de algunos de los peligros—desorbitación del realismo español—que señalara Dámaso Alonso en su conocido ensayo *Escila y Caribdis de la literatura española*.

En nuestra opinión, el libro de Bell, pese a su innegable interés y valor, peca en ocasiones de confusión, perdiéndose el hilo conductor y produciéndose en algunos capítulos un cierto efecto de inconcreción; efecto que nos lleva a pensar que igualmente podrían haber tenido cabida en tales capítulos



obras y autores distintos a los señalados por Bell. Este reproche va dirigido no a aquellos capítulos contradictorios—v. gr. el III, *Universalismo* y el VI, *Individualismo*—ya que la literatura castellana es rica en contradicciones—de ahí su fecunda vitalidad—, sino más bien a aquellos otros que, a la manera del socorrido cajón de sastre, sirven para recoger la más heterogénea producción. Sirva de ejemplo el capítulo XV, *Humor y sátira*, demasiado ondulante e inconcreto.

Si de la arquitectura general del libro—estimable pese a los reparos expuestos—descendemos al detalle, podrían formularse algunos leves reproches. No sabemos si en la época en que Bell escribió su obra cabría hacer la afirmación—creemos que no—de que «las lentas carretas, arrastradas por bueyes, rozan a los modernos tranvías en las calles de Madrid». En cualquier caso hubiera convenido que el editor o el traductor dijera algo en una nota sobre la inexactitud o el carácter anticuado de tal observación, que en manos de Bell no tiene una intención maligna, sino más bien ingenuamente elogiosa.

Algunos de estos errores o juicios excesivos—como el decir de las mujeres del teatro de Calderón que «tienden a la ampulosidad (¿expresiva?), como los caballos velazqueños»—podrían quedar compensados con los aciertos que abundan a lo largo del libro, como el de señalar la semejanza entre el escudero del *Lazarillo* y un tipo femenino del *Corbacho*.

El libro presenta algunas erratas en títulos—v. gr. *Las urbes luminosas* de Basterra, por *Las ubres*—y en fechas, que quizás no sean atribuibles al autor. Aunque la traducción es, en general, correcta, hemos de señalar algún error grave como el de, al referirse a *La Celestina*, hablar de «las astutas reinas Elicia y Areusa». Aun sin tener a la mano el original inglés, nos atreveríamos a asegurar que en él se leerá *quean* (mujerzuela) y no *queen* (reina), concepto éste que en ningún caso resulta adecuado a las pupilas de Celestina.

La obra que comentamos está bellamente editada. A manera de introducción lleva un esquema cronológico, apresador de las fechas más importantes de la historia española. Entre el texto figuran diversas láminas con reproducciones de códices y retratos de nuestros más destacados escritores.

M. B. G.

Suplementos de British Book News. Editados por The British Council y The National Book League. Londres, New York, Toronto.

Oliver Warner.—JOSEPH CONRAD. Londres, 1950.

La personalidad y la obra del polaco britanizado Joseph Conrad son analizadas breve pero agudamente por Oliver Warner en esta monografía, interesante además por la bibliografía incluida en las últimas páginas.

Warner señala la presencia y la influencia del mar en la obra de Conrad, viajero incansable, cuya vida fué una verdadera novela, hasta un punto tal, que en muchos casos ficción y autobiografía andan mezcladas en su producción. (Su obra autobiográfica *A Personal Record* casi parece una ficción novelesca, mientras que su relato *Youth* es, en muchos aspectos, autobiográfico).

